

Entrevista

Fernando Solana:

LA SOBERANÍA NO PUEDE ESTAR SUJETA A NINGUNA MODA

Fernando Solana, secretario de Relaciones Exteriores, sostiene que "la preservación de la soberanía nacional no es una cuestión que puede estar sujeta a ninguna moda". Bajo esa premisa, el funcionario precisa que, en el caso mexicano, ésta se debe fortalecer no sólo consolidando la economía, sino combatiendo las desigualdades económicas, mejorando cualitativamente nuestras formas de organización social y siendo más productivos y eficaces.

Funcionario con más de 30 años en el servicio público, Solana Morales concedió una entrevista a *Este país* en la cual aborda diversos aspectos de la política exterior mexicana. En relación con Estados Unidos, y no sin hacer un balance sobre las coincidencias y diferencias, señaló que se han logrado encontrar caminos para la colaboración sin que México "pierda la posibilidad de defender contundentemente sus posiciones".

Al hablar sobre el uso intervencionista que se ha dado a conceptos tales como el de democracia, el canciller consideró que de pocos términos se ha abusado tanto como de ese y, en cuanto a México, destacó: "Difícilmente podría venir alguien, de fuera, a decirnos cómo debemos democratizar nuestro sistema político". Asimismo, descalificó el papel que en los procesos electorales puedan tener los observadores extranjeros, y dijo: "No creo que la observación extranjera garantice nada. En realidad, lo único que puede garantizar es una intervención externa".

Esta es la versión de la charla sostenida con el secretario Fernando Solana.

No contaminar la relación con Estados Unidos

Pregunta: Pareciera que hay una especie de círculo pernicioso en las relaciones de México que tiene que ver con un intento -muy loable, entendible- por allanar fricciones innecesarias con Estados Unidos en los tres primeros años de un sexenio y que, sin embargo, se rompe en los últimos tres años de la gestión. Porque, al fin y al cabo, siguiendo la vieja consigna aquella de que los príncipes gobiernan a los pueblos, pero los intereses gobiernan a los príncipes, es difícil llevarla a un final feliz. Esto pareciera haber ocurrido en el régimen de López Portillo, así como en el de De la Madrid. Estamos en este cuarto año. ¿Empieza a haber cierta lejanía respecto al "espíritu de Houston"? ¿Cómo ve la situación?

Respuesta: La relación de México con Estados Unidos siempre ha sido compleja. Por ello, desde el primer momento, a principios de 1989, le propuse al secretario Baker en nuestra primera entrevista una estrategia de trabajo: separar consciente y resultadamente las diferentes áreas de la agenda bilateral, para que los problemas o diferencias que hubiese en alguna de ellas no contaminaran toda la relación. Esta ha sido la clave de la positiva relación que hemos tenido, a pesar de las diferencias a veces muy graves, de fondo, en algunos asuntos.

Con el tiempo los hechos han mostrado la pertinencia y eficacia de la estrategia propuesta: hemos avanzado notablemente en la cooperación en comercio, finanzas, medio ambiente, salud, educación, cultura y tantas otras, sin haber cedido nunca en posiciones de principio que interesaban a México. La eficacia de este mecanismo de trabajo ha sido tan evidente, que recientemente, en momentos difíciles de la relación, fueron ellos los que nos han dicho: "Bueno, no contaminemos lo demás".

Es cierto que, al inicio de cada gobierno, México se ha esforzado por crear una atmósfera apropiada para resolver los problemas de una agenda tan amplia como es la de la relación bilateral con Estados Unidos. Sin embargo, hacia el final de algunas gestiones, este propósito se ha visto afectado por diversas circunstancias internas y externas. Yo estoy convencido de que esto no ocurrirá ahora.

Durante el gobierno del presidente Salinas hubo momentos muy difíciles. Doy dos ejemplos. El primero, la negociación de la deuda externa, que coincidió con debates y confrontaciones en la Organización de Estados Americanos por la cuestión de Panamá.

¿Qué quería México? Que no se violara la soberanía de un país, por pequeño que fuese. Y no se permitió que la OEA fuera utilizada para una acción que, finalmente, se realizó de manera unilateral.

El gobierno de México expresó de inmediato su más firme condena a la intervención armada y promovió la consideración del caso por la OEA. La votación resultó en la abstención de un país latinoamericano, un voto en contra de Estados Unidos, y todos los demás en favor de la condena de la invasión.

Esto muestra que si bien ha habido problemas delicados desde el principio de este sexenio, la prudencia de ambas partes, el diálogo permanente entre las cancillerías, y la estrategia de separar por áreas una relación tan compleja, han resultado eficaces.

El otro ejemplo, más reciente, de lo que aquí quiero ilustrar, es que el gobierno de México haya rechazado contundentemente, por inválido e ilegal, el fallo de la Suprema Corte de Estados Unidos sobre el caso Alvarez Machain, en la etapa final de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio. Y ello, sin

contaminar el largo y arduo proceso que finalizó el pasado 12 de agosto.

La posición mexicana demandó el respeto irrestricto al orden jurídico interno, así como la revisión de los términos de la cooperación en materia de narcotráfico. Reaccionó, enérgicamente, ante una clara violación de la soberanía nacional y del derecho internacional. Fue posible concertar algunas diferencias, otras no.

No hubo respuesta satisfactoria a la devolución de los mexicanos secuestrados. Pero el gobierno de Estados Unidos reconoció que el secuestro transfronterizo da lugar a la extradición y aceptó iniciar -durante la próxima reunión binacional- la revisión del tratado que existe en esta materia. Además, el presidente Bush asumió el compromiso personal, a través de una carta al presidente Salinas, de que su gobierno no permitiría la repetición de actos de este tipo.

En el orden interno, el presidente Salinas promovió diversas medidas. Entre ellas, la expedición de reglas más estrictas para los agentes de la DEA y sanciones mucho más fuertes para aquéllos que participen en secuestros de personas para ser juzgadas en otro país.

Por otra parte, convencidos de la invalidez del fallo que pretende justificar los secuestros internacionales, así como de la aplicación extraterritorial de las leyes de un país, se ha decidido llevar este asunto a los foros internacionales pertinentes. Y lo estamos haciendo con éxito. La Cumbre Iberoamericana aceptó llevar la consulta sobre el caso a la Corte Internacional de Justicia a través de la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas. Y el Comité Jurídico Interamericano de la OEA expresó ya su fundada opinión contra los secuestros internacionales y la violación a la soberanía.

Con estos ejemplos se demuestra que las experiencias acumuladas de dos vecinos -uno muy grande y poderoso, y el otro pequeño, pero que tiene muy claros sus intereses- permiten encontrar caminos para la colaboración sin que el menos poderoso pierda la posibilidad de defender contundentemente sus posiciones.

P: En esta perspectiva de aprovechar coincidencias y de allanar diferencias, pareciera que hay algunos principios que no pueden considerarse como partes, sino que en realidad son un todo. El caso Alvarez Machain, la firmeza con la que responde la Cancillería, la falta de satisfacción que aún tiene el asunto, sí me parece que supondría el replanteamiento de esa política, del "espíritu de Houston" que prevaleció hasta la resolución de la Suprema Corte. No ha habido una satisfacción cabal. Quizá a futuro, pero el hecho cierto es que el atropello se cometió. ¿No exige esto el replanteamiento de ese espíritu, de esa política? Porque si bien hay asuntos específicos que no tienen por qué tener un derrame sobre la situación global en su conjunto, hay otros que son principales, que son principios. ¿No coloca esto, a la Cancillería, ante la necesidad de replantearse esa relación?

R: No lo creo. ¿Qué sentido tendría modificar una estrategia que nos ha permitido, a la vez, defender y preservar nuestros principios, sin interrumpir la cooperación en aquellas áreas en las que estamos de acuerdo?

Evidentemente, hay cosas que a ellos no les gustan. Existen, también, cosas que a nosotros no nos gustan. Pero abandonar una estrategia que ha sido tan eficaz para la defensa de los principios de la política exterior mexicana, para la defensa real y no solamente teórica de nuestra soberanía, no resultaría en beneficio de nadie.

Hay distintas formas de enfrentar las diferencias entre las personas, las empresas o las naciones. Una es la reacción emocional y totalizadora. Otra, es la respuesta inteligente, recia y contundente que, preservando lo fundamental, permita que la convivencia continúe.

La primera opción hubiera implicado acciones muy inconvenientes para México. ¿Tendría sentido, por ejemplo, enviar un comando militar a una nación vecina o cerrar una frontera de más de 3 mil kilómetros por la que cruzan, diariamente, 700 mil personas, o dejar de comerciar con el país con el que realizamos más de dos terceras partes de nuestros intercambios con el exterior?

La segunda opción, que fue la que tomamos, nos permitió obtener una respuesta antes de 24 horas. Tuvimos compromisos escritos, de la Casa Blanca y del Departamento de Estado de que no habría más secuestros. Y también la aceptación para iniciar de inmediato las negociaciones. ¿Por qué? Por la firmeza y eficacia de nuestra diplomacia. Y por el interés de Estados Unidos de preservar la amistad de una nación vecina con la que comparte 3 mil kilómetros de frontera, que es ya su tercer socio comercial, que juega ya un papel determinante para elevar la competitividad internacional de su economía, y con la que conviene, por muchas razones, tener una convivencia armoniosa y positiva.

Latinoamérica unida, pero el espectro de la inestabilidad presente

P: Tocó un punto que me parece nodal del cambio de estrategia que está siguiendo México. Usó la palabra "real", "defensa real", realista de los intereses de México. En este sentido, ¿hasta dónde siente el canciller de México que esta visión muy acariciada durante décadas, siglos diría yo, de ver una Latinoamérica unida en algunos principios, como un bloque, como un núcleo de defensa de ciertos intereses? ¿Hasta dónde, en el realismo de la nueva política, esto opera?

R: América Latina está hoy más cerca que nunca del viejo sueño bolivariano. Hay hechos concretos que sustentan esta afirmación. Hace apenas 20 años, los presupuestos de muchos países latinoamericanos -con excepción de México y Costa Rica- estaban dedicados, en gran medida, a fortalecer los ejércitos para

defender sus fronteras de los países vecinos.

En la actualidad, el gasto militar del continente es mucho menor que hace dos décadas. Se ha llegado a un acuerdo histórico en la definición de la frontera entre Argentina y Chile. Se ha decidido también resolver los problemas limítrofes entre Perú y Ecuador y entre Venezuela y Colombia, por la vía de la negociación.

Por otra parte, los países que hoy conforman el Mer-cosur han cuadruplicado su comercio en los últimos dos años. Los países Andinos avanzan en su proceso de integración. El Grupo de los Tres trabaja en la conformación de una nueva zona económica regional. Cen-troamérica tiene puesto todo su empeño en un esfuerzo integracionista.

México ha jugado, sin duda, un papel importante en estos procesos regionales. Es ya un hecho la firma del Acuerdo Marco con los cinco países centroamericanos. El resultado será la creación de una zona de libre comercio común, como se propuso hace apenas un año y medio en Tuxtla Gutiérrez. Con los países del Pacto Andino también estamos avanzando en la misma dirección. México ya tiene en vigor un Tratado de Libre Comercio con Chile. En un futuro muy cercano cerraremos, seguramente, las negociaciones con Colombia y Venezuela.

De otra parte, estamos empezando a plantearnos acercamientos entre el norte y el sur de América Latina. El presidente Salinas de Gortari ha propuesto formalmente, a los gobiernos de Brasil y Argentina, el inicio de diálogos para acuerdos ya sean bilaterales, o de México con el Mercosur.

Considero que vamos a llegar a finales del 94 con una región en plena marcha hacia la integración comercial, y estoy convencido que nuestra América, la Latina, acabará el siglo más unida de lo que ha estado nunca en su historia.

Sin embargo, sería peligroso adoptar un optimismo exagerado. El espectro de la inestabilidad política y del conflicto social no ha abandonado la zona. Las causas de este fenómeno nunca han dejado de ser parte, dolorosa, de nuestra realidad: pobreza extrema, polarización del ingreso, gobiernos demasiado fuertes o demasiado débiles.

La nueva estrategia de desarrollo del continente persigue una mayor competitividad internacional como un medio, no como un fin en sí mismo. El objetivo último es elevar los niveles de bienestar de la población con un doble propósito: fortalecer el pleno desarrollo de las libertades políticas de nuestros conciudadanos y transformar a nuestros países en interlocutores importantes en el contexto internacional.

Balance de la relación con Estados Unidos

P: Para cerrar el capítulo de la relación México-Estados Unidos. Siguiendo la lógica del razonamiento del espíritu de Houston ¿se ha logrado distinguir dónde hay coincidencias, dónde se pueden aprovechar coincidencias, dónde se pueden allanar diferencias, podría hacer un balance muy concreto en qué aspectos de la relación ve usted logros y en cuáles ve aún diferencias? Por otro lado, ¿qué efecto puede tener el proceso electoral de Estados Unidos, sobre este espíritu de la relación?

R: Hay áreas en las cuales la colaboración ha sido muy positiva. La más destacada es la comercial. De otras se habla poco y se escribe aún menos. Por ejemplo, la cooperación en el campo de la salud, las telecomunicaciones, la cultura y la educación, el medio ambiente. Una vez firmada la reestructuración de la deuda ha habido, también, un avance muy significativo en la relación entre los sectores financieros de ambos países. En estas áreas existe un ánimo de cooperación y de confianza.

En el ámbito agropecuario, a pesar de que es un poco más difícil, se han logrado establecer proyectos importantes. Hay un diálogo de fondo, a veces arduo y otras fluido, en materia política. Es muy importante destacar el vigor, la sistematización y periodicidad que hemos logrado imprimir a este diálogo. Esto nos permite entender y precisar tanto coincidencias como diferencias.

Hay, por supuesto, asuntos muy difíciles que nos han llevado incluso a confrontaciones. Uno de ellos es el de la cooperación en la lucha contra el narcotráfico. Al respecto la posición del gobierno mexicano ha mantenido una visión integral que incluye no sólo la producción y el tráfico, sino también el consumo de drogas. Hemos reiterado que mientras no se reduzca la demanda de estupefacientes, seguirá manifestándose la oferta.

Por otra parte, si bien consideramos que ésta es una cuestión que hace necesaria la cooperación internacional, hemos sostenido que el combate al narcotráfico no debe, de ninguna manera, utilizarse como pretexto para intervenir en los asuntos internos de las naciones. Esta es un área conflictiva que ha producido muchos problemas y resultados insuficientes. Por ello, México planteará en la próxima Asamblea General de la ONU la creación de un grupo de trabajo que proponga una nueva estrategia internacional contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas, que sea más eficaz y respetuosa de la soberanía de los Estados.

Otro ámbito sumamente delicado es el de asuntos fronterizos. Hay violencia en ambas partes de la frontera. Aquí tenemos que ser objetivos. No se trata de señalar culpables. Es una problemática compleja derivada del encuentro de dos culturas, dos sociedades, dos economías, dos estilos de vida diferentes.

Pero debemos ser claros. Hay violencia delictiva, que se ataca en ambos lados, quizá hasta ahora con resultados no muy satisfactorios. Pero se trabaja sistemáticamente en ello. Existen también manifestaciones de violencia institucional, que ha propiciado incidentes lamentables. Agresiones y muertes de mexicanos

causadas por agentes policiales de Estados Unidos, así como expresiones de racismo e, incluso, de xenofobia, son el resultado de un clima generalizado de desconfianza. A pesar de que se está combatiendo conjuntamente y de que tiende a disminuir, la violencia en la frontera persiste. Es una cuestión que requiere un gran esfuerzo y voluntad de ambas partes.

El problema migratorio es otro asunto igual o, incluso, más difícil y complejo. Estados Unidos tiene un ingreso per cápita, siete a ocho veces más alto que el mexicano. Existe, por tanto, una presión migratoria enorme, que da lugar a que México pierda a muchos de sus mejores hombres y mujeres: los que tienen más audacia e imaginación para buscar mejores formas de vida.

Lejos de querer negar esa realidad, nuestros esfuerzos se han concentrado en crear las condiciones internas que nos permitan retener a nuestros conciudadanos y, a la vez, exigir el respeto a sus derechos en el exterior. De aquí nuestro empeño en la protección eficaz de los intereses de los mexicanos en Estados Unidos. El esfuerzo que México realiza en este sentido, a través de la Cancillería, es único en el mundo. No existe un país que tenga en otro 40 consulados. Ninguna nación cuenta con los grupos de trabajo y los equipos móviles que tenemos para brindar apoyo a nuestros connacionales al norte del río Bravo. Atendemos miles de casos diarios, aunque sólo se escriba sobre los más importantes.

En materia de violencia en la frontera, las autoridades federales de Estados Unidos muestran, cada vez más, entendimiento, cooperación y corresponsabilidad. No podríamos decir siempre lo mismo de las autoridades estatales y locales.

Este breve repaso de la agenda bilateral refleja acuerdos en algunas cuestiones y desacuerdos en otras. Pero en todos hay avances, aunque no siempre correspondan a los ritmos y las magnitudes deseadas. Esto me lleva a la última parte de la pregunta sobre el posible efecto de la próxima elección presidencial estadounidense, en nuestra relación bilateral.

El entendimiento entre los gobiernos, como entre las personas, se construye día con día. Depende de una voluntad colectiva e individual. Crea vínculos invisibles entre los pueblos que no pueden romperse abruptamente. Uno de los mitos más negativos para la relación entre ambos países -que ya deberíamos enterrar-, es que este entendimiento peligra cada vez que se renuevan los cuadros dirigentes en una de las dos naciones. El supuesto contrario está mucho más acorde con la nueva realidad de la relación bilateral, la cual se desarrolla dentro de un marco normativo e institucional cada vez más claro y detallado.

Los nuevos pretextos del intervencionismo

P: Hay dos conceptos que en lo abstracto convocarían un consenso en lo general, pero en la práctica no es así. Me refiero a los derechos humanos y la democracia. ¿Quién iba a decir que a finales de los ochenta estamos viendo que el concepto de democracia, igual que el de derechos humanos se convertirían en un arma de intervencionismo? Hay una tentación por homologar las democracias y que ha servido, siento yo, de pretexto para ciertas acciones abiertamente intervencionistas. ¿Cómo ve el canciller de México esta situación con relación con estos dos conceptos?

R: Creo que las grandes potencias, a veces con fines estratégicos muy claros, otras veces sin ellos, han lanzado al mundo ciertos fantasmas para poder actuar más allá de sus fronteras. De hecho, siempre han encontrado algún pretexto o razón para hacerlo.

Hubo una época, en la cual era suficiente el argumento de la "salvación de las almas" para justificar el envío de misiones y soldados que aplastaron las creencias y los derechos humanos de sociedades enteras. Se construyeron, así, nuevas sociedades.

En épocas recientes, el argumento fue la defensa de las ideologías de diferentes signos, que provocaron la división del mundo en dos, y la *guerra fría*. Entonces, para preservar al mundo del mal, se actuaba a través de las agencias de "inteligencia" internacionales, y cuando lo consideraban necesario, de la acción militar directa.

Actualmente, el pretexto más utilizado para la intervención en los asuntos internos de los Estados -o injerencia, para ponerle un nombre distinto a lo mismo- es, con frecuencia, la lucha contra el narcotráfico.

No cabe duda que la solución al problema del narcotráfico requiere la cooperación internacional. Pero también es un hecho que la demanda es el gran motor de la producción y del tráfico de drogas. A pesar de ello, el esfuerzo se concentra más en estos últimos.

Existen otros temas que, aunque sean muy distintos, se han manejado de manera similar. Entre ellos, el de la democracia. De pocos conceptos se ha abusado tanto a lo largo de la historia. Recordemos que para Aristóteles la antítesis de la democracia era la monarquía. Sin embargo, en el mundo de hoy, hay muchas "monarquías democráticas".

¿Qué es la democracia? La democracia existe en la medida en que los miembros de una comunidad tengan la posibilidad de participar en las decisiones fundamentales que los afectan. Claro que esta idea es muy difícil de llevar a la práctica y, aún más, de medir en la vida política cotidiana.

La visión más generalizada es aquella que equipara la democracia con la existencia de sistemas electorales confiables. Los que así piensan, consideran que dichos sistemas constituyen el mejor mecanismo, o el menos malo, para garantizar el pleno ejercicio de la libertad política de los individuos. Esto es relativo, porque los que resultan electos no siempre están comprometidos con la defensa de los intereses de aquellos que los llevan al poder.

Este país, me refiero a la revista, trabaja mucho con encuestas. Pero, ¿qué miden las encuestas? En una sociedad de mercado, lo que miden es la eficacia de la propaganda y de la publicidad. Tenemos que aceptar esto. En las grandes economías industrializadas la propaganda y la publicidad cuestan muchísimo dinero. Por tanto, el problema de un partido o de un candidato, no necesariamente es el de diseñar políticas que favorezcan a su electorado, sino tener los millones de dólares que cuesta una campaña electoral.

Por esto he calificado a esas democracias como "democracias comerciales".

La esencia de la democracia reside en el concepto de libertad política y en el derecho de los gobernados a participar en las decisiones fundamentales que los afectan. La soberanía de los Estados, la autodeterminación de los pueblos, el pluralismo de los sistemas políticos, los derechos políticos de los ciudadanos se derivan, todos, de este núcleo central.

Por otra parte, cada sociedad tiene que buscar su propia manera de evolucionar hacia mejores formas de convivencia social y política. Y en esto, la historia de cada nación juega un papel determinante. México tiene su propia historia, tuvo su gran Revolución, tiene una importante y añeja trayectoria en la lucha por la justicia y la paz social, por la independencia y la soberanía nacional. Difícilmente podría venir alguien, de fuera, a decirnos cómo debemos democratizar nuestro sistema político.

En nuestro país existe una gran tradición de asilo político, no solamente latinoamericano sino de todo el mundo. ¿Por qué vinieron aquí los españoles y los hombres de Europa Central y del Este en el segundo cuarto del siglo? Porque aquí ha habido un enorme espacio de libertad política, condición primaria y parte fundamental de la democracia.

Tenemos un sistema político perfectible. Desde luego. Tenemos que trabajar en él y lo estamos haciendo. Pero a partir de nuestra propia cultura y de nuestras propias decisiones. En los foros multilaterales México ha propugnado por la construcción de un entorno internacional que impulse el desarrollo de las democracias y no un "modelo" de la democracia, con pretensiones de universalidad.

Lo anterior se relaciona con la primera parte de la pregunta: la posición mexicana respecto a los llamados "temas globales" entre los que destacan los derechos humanos, ha sido clara y rotundamente antiintervencionista.

La observación electoral extranjera no garantiza nada

P: ¿Cuál es su consideración sobre otras formas, otros recursos políticos para garantizar la autenticidad de los procesos electorales, como la observación internacional extranjera?

R: No creo que la observación extranjera garantice nada. En realidad, lo único que puede garantizar es una intervención externa. No veo ninguna forma en la que un llamado "observador internacional" pueda ayudar a democratizar un sistema político. Creo que lo que muestra es confusión de quien la pide o la acepta.

¿Aceptarían las grandes potencias que fueran personalidades del mundo menos desarrollado a observar sus elecciones? Hoy se escuchan críticas y comentarios despectivos sobre la idea de soberanía. Algunos afirman que ya está pasada de moda. ¿Para quién? Una cosa es que dentro de la Comunidad Europea, por ejemplo, se hagan ciertas concesiones entre iguales para poder fortalecer su convivencia en nuevos espacios. Y otra cosa, muy distinta, es aceptar que los problemas de un país se resuelvan desde fuera.

La soberanía no puede estar sujeta a ninguna moda

P: Está bordando sobre una de las preguntas que yo quería formularle. Recientemente, durante un espléndido debate organizado por Víctor Urquidi en Tepoztlán, que publicamos en la revista, el licenciado De La Madrid al referirse al concepto de soberanía, yo creo que de manera acertada decía: ¿Soberanía para quién, soberanía dónde, soberanía cuándo? Sin embargo, es evidente que el concepto mismo está sufriendo modificaciones como las ha sufrido desde que nació. ¿Cómo ve el canciller mexicano las nuevas reformulaciones de la soberanía? ¿Cómo podemos ejercer nuestra soberanía?

R: El debate del concepto de soberanía no es algo nuevo. Ha sido un tema permanente de análisis y discusión, no solamente en círculos académicos, sino también entre los gobernantes de países industrializados y en vías de desarrollo. Lo que ha cambiado es el sentido del debate. En la actualidad, con los acuerdos multinacionales para crear instancias políticas supranacionales, se habla de una cesión de la soberanía. Ello nada tiene que ver con la discusión que sobre el mismo concepto se dio en la época de la teoría de la dependencia. O con la definición originaria de soberanía, que hace Bodino, a finales del siglo XVI.

Así como el concepto de democracia sigue correspondiendo, en esencia, a la visión originaria de los griegos, el de soberanía corresponde a la definición original de Bodino. La relativización que hoy en día se hace del concepto, al hacer referencia a la cesión voluntaria de la soberanía por parte de algunos Estados, ha resultado en una enorme confusión.

La soberanía es la capacidad que tiene un Estado para determinarse a sí mismo. Es decir, para dictar sus propias normas y aplicarlas en su territorio. Esta capacidad define la autonomía jurídica y política de los Estados, y constituye el fundamento del orden jurídico internacional, que implica, precisamente, la relación entre Estados soberanos.

Lo anterior explica por qué la preservación de la soberanía nacional no es una cuestión que puede estar sujeta a ninguna moda. Su existencia ha sido, es y seguirá siendo esencial para la sobrevivencia de los Estados. Esta afirmación no significa, de ninguna manera, negar el carácter histórico del Estado nacional que como toda formación social tuvo un origen y tendrá algún fin. Pero todavía no llegan esos tiempos. Vivimos en cambio los de las grandes potencias que tratan de imponer, desde sus centros de poder y de interés, sus modelos de vida social y política al resto del mundo. La globalización y la interdependencia no implican la homogeneización de formas y estilos de vida.

¿Cómo fortalecer la soberanía de México? No sólo consolidando nuestra economía, sino combatiendo nuestras desigualdades sociales, mejorando cualitativamente nuestras formas de organización social, siendo más productivos y eficaces. En la medida en que México logre, realmente, que las decisiones fundamentales sobre su destino sigan siendo tomadas por los mexicanos, en México, en esa medida estaremos fortaleciendo nuestra soberanía.

Para la transición, ningún país tiene la receta perfecta

P: En relación con estos tres conceptos que hemos manejado: democracia, observación extranjera, fortalecimiento de la soberanía, hay una corriente de opinión internacional que coloca a Cuba y a México como los dos últimos sistemas de carácter autoritario, al menos en el ámbito hemisférico. ¿Qué piensa sobre este particular?

R: Esta afirmación implica una gran ingenuidad o un deseo de provocación. Pero no tiene sentido. No corresponde a la realidad. La construcción y, en su caso, la transformación del régimen político de Cuba, corresponde única y exclusivamente a los cubanos. Respecto a México, es evidente que debemos y queremos perfeccionar nuestros modos de convivencia política, económica y social. Entre nosotros mismos y con las demás naciones.

Hoy, el país se encuentra inmerso en un profundo proceso de reforma económica y política. Como en todo proceso de cambio, han habido aciertos y errores, avances y retrocesos. Pero es un proceso irreversible. Lo importante es que un número cada vez mayor de mexicanos participemos en él, resueltamente.

Es cierto. Nos queda una gran tarea que realizar en la moderación de las desigualdades económicas, sociales y educativas; en el ámbito de la justicia social; en la erradicación de la pobreza extrema y en muchos más. Pero los logros que hasta ahora hemos tenido no son nada desdeñables. Medirlos en función de los éxitos o fracasos de Cuba, o de cualquier otra nación, no tiene sentido.

P: Señala usted la necesidad de fortalecer nuestra economía para preservar la soberanía. Reconoce, por otro lado, que los vientos de democracia, bien o mal manejados, soplan. ¿Por qué no emparejar el fortalecimiento de nuestro sistema político de convivencia interna al sistema económico, para poder dar mayor cobijo a ese ejercicio del principio y concepto de soberanía?

R: En un contexto en el cual naciones de todo el planeta están inmersas en procesos de cambio profundo, tanto en lo económico como en lo político, es lógico que se haya intensificado un viejo debate sobre la relación entre las transformaciones económicas y políticas. Pueden identificarse tres modelos: la transición simultánea en ambos aspectos; la antelación de la reestructuración económica, buscando mientras mantener la esfera política estable; y, cambios en la política, como preámbulo a la transformación económica.

México sigue el primer camino. Hemos asumido cabalmente la recomposición del mundo que nos rodea. Y, más aún, queremos participar en la conformación de un nuevo escenario internacional. Este doble empeño implica, en lo externo, diversificar e intensificar nuestras relaciones con los demás países. Para ello tenemos que abrir nuestra economía y perfeccionar nuestras formas de convivencia social y política.

Estos cambios deben avanzar simultáneamente, aunque no es fácil que estén perfectamente sincronizados. La experiencia internacional más reciente muestra la importancia que tiene y debe tener la conducción política para armonizar las transformaciones del Estado, de la economía y de la sociedad. Se requiere energía, audacia e imaginación para no provocar la desintegración de la nación o, en el otro extremo, para no caer en la cancelación de los derechos políticos de la sociedad.

Ningún país ha encontrado la receta perfecta. Esta no existe. Pero México está avanzando, mucho mejor y más consistentemente que otros países. La clave de nuestro éxito relativo reside, no me cabe la menor duda, en que hemos anclado nuestro proceso de cambio, firmemente, en nuestra historia, nuestras instituciones, nuestras tradiciones. En suma, en nuestra forma de ser y de estar en el mundo. Que es única y propia, aunque tenga que cambiar para seguir siendo la misma.